

Juan, el camino de la fe

“... el Padre ama al Hijo” (5.19-47)

Para el año 49 a.C., Julio César había llegado a ser el hombre más poderoso de Roma. Había pasado dos años lejos de la ciudad, peleando contra tribus guerreras y demostrando sus grandes habilidades como general y como administrador. Para desaliento de sus oponentes políticos, el tiempo que había pasado en Galia, sólo sirvió para hacer más poderoso a César una vez de regreso a Roma.

Cuando a César le ordenó el Senado Romano regresar a Roma, en ese momento se dio cuenta de que sus enemigos estaban tratando de destruirlo. Para regresar a Roma debía cruzar el Río Rubicón y dejar tras sí sus tropas que le eran leales. Ese río había servido de barrera absoluta, más allá de la cual ningún general podía llevar sus tropas. Dado que a sus enemigos se les iba a permitir tener sus tropas con ellos, César se percató de que entrar en Roma le significaba su sentencia de muerte. En consecuencia, ¡tomó la audaz decisión de atravesar con sus tropas el Río Rubicón y llevarlas consigo a Roma! Cuando la noticia de que César había “cruzado el Rubicón”, llegó a la ciudad, todo mundo supo que la guerra civil había comenzado. Estaba actuando en forma provocadora para el Senado Romano y sus enemigos rápidamente huyeron de la ciudad. No habían pasado dos meses, cuando ya Julio Cesar había aplastado toda oposición y había sometido a toda Italia bajo su poder. Esta historia dio pie para que la expresión “cruzar el Rubicón”, sea utilizada, incluso hoy día, para referirse a una decisión que no puede ser revocada o a una acción decisiva que no puede ser cambiada.

Hasta este momento del evangelio de Juan, hemos estado echándole una mirada a las historias

de Jesús y sus tratos con las personas. Nos encanta verlo sanándolos de sus enfermedades, consolándolos en sus desánimos y guiándolos a la vida. Al comienzo del capítulo 5, Jesús sanó a un hombre cojo y desató una candente tormenta de oposición por parte de los líderes judíos. El texto de esta lección, 5.19-47, no contiene una historia. En su lugar, se trata de una sección aleccionadora en la que Jesús tomó la palabra en la totalidad de ella. No debemos saltarnos esta sección en nuestro afán por hallar otra sección narrativa, pues algo crucial estaba sucediendo aquí: *¡Jesús estaba “cruzando el Rubicón”!*

En este texto, Jesús se expresó de un modo que les dijo a todos: “¡Ésta es la guerra!”. Como estaba lleno del ímpetu que le daba lo que había hecho en la primera parte de este capítulo, el podía fácilmente haberse retirado o haber tratado de calmar el enojo de los judíos. En lugar de ello, “cruzó el Rubicón”, sabiendo que la crucifixión le aguardaba al otro lado. El pasaje se divide naturalmente en tres secciones, las cuales muestran todas a Jesús haciendo audaces afirmaciones, acerca de sí mismo, que pusieron furiosas a las autoridades y eventualmente lo llevaron a la cruz.

AFIRMA SER UNO CON EL PADRE (5.19-23)

Yo, en lo personal, soy muy parecido a mi padre, especialmente en el sonido de mi voz. Un día que era de Acción de Gracias, algunos amigos llamaron a mi casa esperando hallar a mis padres de visita por ser día festivo. Cuando respondí, la persona al otro extremo de la línea, preguntó: “¿Durley?” (el nombre de mi padre). Yo dije: “No, soy Bruce”. Y como lo esperaba, respondieron:

“¡Bruce, usted suena exactamente igual a su padre!”.

No solamente nuestras voces son casi iguales, pero últimamente pareciera que lo que en realidad decimos suena cada vez más y más igual. Recientemente, mi madre pasó una semana con nosotros, mientras mi padre iba de cacería fuera de la ciudad. No pude contar el número de veces esa semana que, después de un comentario que yo hiciera, mi esposa y mi madre se volverían a ver y dirían: “¡Suena casi como su padre!”. Estas palabras casi siempre eran seguidas por esta respuesta: “Asusta, ¿verdad?”.

Aunque nos parecemos en gran manera, mi padre y yo también somos diferentes. Mi padre es ingeniero, y yo, predicador. Déjennos libres una tarde, y es probable que lo encuentren a él reparando o construyendo algo, y a mí, en algún lugar, leyendo un libro. Somos parecidos, pero también diferentes. La relación de la cual habló Jesús, que había entre él y su Padre, guardaba todas las semejanzas que hay entre un padre y un hijo que son cercanos, pero no las diferencias que naturalmente se espera que haya.

Cuando Jesús dijo que Dios era su Padre, Él estaba afirmando algo de sí mismo que ponía furiosos a los líderes judíos. Después de la sanidad del cojo, cuando los oponentes de Jesús lo querían matar, la furia de ellos se debió a que “no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (5.18). Pudo haber sido una declaración que causara furia, pero era esencial para el mensaje y propósito de Jesús.

A Dios se le refiere como “Padre”, no menos de 122 veces en el evangelio de Juan. Para Jesús, el ser Hijo de Dios significaba que “todo lo que el Padre hace, también hace el Hijo igualmente” (5.19). Mientras Jesús anduvo sobre la tierra, la relación de él con su Padre era cercana, se fundamentaba en el amor, y entrañaba una completa comunicación. Mi padre y yo tenemos algunas diferencias notables, en cambio el Padre y el Hijo no tienen diferencia alguna. Aunque tienen diferentes funciones dentro de la trinidad, son uno en carácter, convicción, misión y corazón. ¡En otras palabras, no existe brecha generacional alguna entre este Padre y este Hijo!

Jesús dijo que el Padre y el Hijo son iguales en lo que hacen (5.19–20), en su capacidad para dar vida (5.21), y en su merecimiento de honra (5.23). Tales afirmaciones fueron consideradas blasfemias por parte de los líderes judíos y fueron precisamente las mismas que eventualmente hicieron que a Jesús se le clavara en la cruz. Cuando hizo

estas afirmaciones, Jesús sabía que con ellas le estaba declarando la guerra espiritual a sus oponentes.

AFIRMA QUE SU MISIÓN ES DIVINA (5.24–29)

En 5.24–29, Jesús hizo dos atrevidas afirmaciones que lo distinguían como el Hijo de Dios. *En primer lugar, afirmó tener vida y ser capaz de darla:*

De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo;... (5.24–26).

El hecho de que al Padre se le consideraba el gran Dador de vida, convertía esta afirmación en otra manera como Jesús se hacía “igual a Dios” (5.18).

En segundo lugar, él afirmó ser el que haría juicio al final de los tiempos:

... y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación (5.27–29).

Su voz, afirmó él, iría un día a levantar a los muertos a una “resurrección de vida” o a una “resurrección de condenación” (v. 29).

La mención del juicio, que hace Jesús, no parece hacerlo más querido para los oyentes modernos de lo que lo fue para la gente del siglo I. El concepto de un juicio final es por lo general ridiculizado por la sociedad e ignorado por la mayoría de los cristianos debido al desagrado que causa. Este pasaje nos recuerda que Jesús habló abiertamente acerca del juicio. De hecho, Jesús fue el que más habló acerca del juicio, en comparación con todos los demás que registra el Nuevo Testamento. El esquivar esta parte de su enseñanza equivale a negar una verdad vital y a separarnos de una poderosa motivación para la vida santa. Además, sin una doctrina coherente, acerca del final de los tiempos, no habría fervor para las misiones de la iglesia. Si no nos ocupamos del día del juicio, tendremos poca motivación para hacer a otros partícipes del evangelio, ya sea que vivan al otro lado del océano, o ¡al frente de nuestras casas!

Las afirmaciones de Jesús acerca de su misión

divina hizo que sus oyentes pasaran de darle énfasis a su identidad a darle énfasis a lo que él estaba haciendo. Sus afirmaciones en el sentido de ser el Hijo de Dios suponían su dedicación a la obra de Dios. Cuando él afirmó estar haciendo la obra del Padre, Jesús siguió confrontando a los líderes judíos. ¡Después de esto, ya no había retroceso!

LAS AFIRMACIONES DE SUS TESTIGOS (5.30–47)

¿En qué se basa usted para creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios? Si a usted lo llamaran a dar testimonio de su fe ante un juzgado, ¿cómo respondería a la pregunta: “¿Por qué cree usted?”? Ravi Zacharias, un apologista moderno, dijo recientemente: “Estamos viviendo en un mundo de escepticismo a nivel de graduado universitario. Las respuestas que un estudiante daría, no convencen. Debemos prepararnos para dar respuesta a las preguntas más difíciles que el mundo pueda hacernos”.¹ Cuando se le preguntó a Zacharias acerca de su decisión de aceptar un puesto como investigador de la Cambridge University, bajo la dirección de famosos ateos, esto fue lo que contestó:

La mayoría de los esfuerzos de evangelización están adaptados a las personas que sufren alguna crisis. La pregunta es: ¿Cómo influir sobre la innumerable cantidad de personas que no sienten necesidad de Dios? Esto hizo que me decidiera a estudiar bajo la enseñanza de los más excelentes pensadores ateos de nuestros tiempos, y así poder responder con argumentos sostenibles y convincentes. Mi deseo es poder servirle de evangelista al pensador —al escéptico honesto, al que yo le llamo Pagano Satisfecho.²

En el texto bajo estudio, Jesús presentó pruebas de que él es el Hijo de Dios, y lo hizo de un modo muy similar al que un abogado procesal emplearía. Primero presentó, nada menos que, la prueba testimonial *del Padre* (5.32, 37). Luego vino el testimonio de *Juan el Bautista* (5.33). El testimonio de Juan puede parecernos insignificante hoy día, pero en el siglo I, tenía el mismo peso que el de un personaje público de alto nivel. Jesús también mencionó *sus propias obras milagrosas* como prueba de su condición de Hijo de Dios (5.36). La cuarta prueba de Jesús la constituyeron *las Escrituras* (5.39). Juntas, todas estas pruebas se convirtieron en una convincente

argumentación a favor de las afirmaciones de Jesús.

Jesús hizo notar cuán irónico era que, siendo los líderes judíos tan diligentes para escudriñar las Escrituras, no fueran capaces de cumplir en sí mismos el propósito máximo de ellas: “¿conocer el testimonio que ellas dan de Jesucristo mismo!”. Recientemente leí acerca de un cuadro que cuelga a la entrada del edificio de una iglesia de Atlanta, Georgia. Este cuadro, un retrato de Jesús, fue donado por unos oficiales del ejército coreano. Basta una mirada casual para darse cuenta uno, que se trata de una imagen en la que aparece Jesús representado como el Buen Pastor que cuida de su rebaño. Una mirada más de cerca, le permite a uno darse cuenta de que ¡el artista creó el cuadro utilizando todas las palabras del Nuevo Testamento! No obstante, cuando el observador se acerca lo suficiente como para poder leer todas las diminutas palabras, él pierde la visión del conjunto del cuadro. ¡Esto era lo que los líderes judíos habían hecho! Habían ampliado cada declaración por separado y se habían olvidado de lo que la totalidad de la obra se proponía dar a conocer!

El último testimonio que Jesús presentó para su defensa, fue el de Moisés (5.46). Los oponentes de Jesús veían a éste como un enemigo del gran legislador, pero Jesús les dijo: “... si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él” (5.46). Después de esto, ninguna duda quedó de que, cuando hizo las anteriores afirmaciones, ya Jesús había terminado de “cruzar el Rubicón”. Después de haber dicho tales cosas acerca de Dios el Padre, de Juan el Bautista, de sus propias obras, de las Escrituras y de Moisés, ¡ya Jesús no podía retroceder!

CONCLUSIÓN

Son muy pocas las personas que adoptan una postura firme a favor de la verdad. Existe una poderosa corriente cultural llamada pluralismo —un movimiento que consiste en alejarse del concepto de verdad absoluta y adoptar una postura relativista para con todas las ideas. Todos los pueblos y religiones son aceptados como correctos según su propio modo de verlo. Se nos dice que es nuestra obligación entender la vida desde la perspectiva de los demás, y aceptar los puntos de vista de ellos. En el texto que hemos estudiado, Jesús entra en nuestro mundo y en esencia nos dice: “Mi pueblo debe respetar, amar y procurar entender a todos los pueblos. No obstante, hay ciertos principios sobre los cuales no se pueden hacer concesiones. Hay preceptos que son verda-

¹ Ravi Zacharias, “Reaching the Happy Pagans” (La evangelización de los paganos satisfechos), *Christianity Today* (14 November 1994), 18.

² *Ibid.*

deros y se les debe proclamar como verdad absoluta, sin importar lo que otros opinen al respecto”.

G. Campbell Morgan, “el príncipe de los expositores bíblicos”, dijo una vez acerca de este texto: “Desde el punto de vista humano, lo que Jesús hizo y dijo ese día, le costó a él su vida. Jamás

lo perdonaron”.³ Ésta es otra manera de decir que en el capítulo 5, Jesús “cruzó el Rubicón”. Lo menos que podemos hacer es cruzarlo con él. ■

³ Leon Morris, *Expository Reflections on the Gospel of John* (*Reflexiones expositivas sobre el evangelio de Juan*) (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1988), 193.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados